Fuera de VALIJA

nº 100/101 S. J. 29-XI-47

VARIOS artículos y declaraciones periodísticas ha dedicado el padre Mariano Cuevas, S. J., historiador y académico mexicano, a relatar sus impresiones de un reciente viaje a España, a donde fué con motivo del IV centenario del natalicio de Cervantes. "¡Perdona, Miguel!" —diría el otro Miguel español, al Miguel bilbaíno de Salamanca.

¡Delicioso viaje el del padre jesuíta! ¡Delicioso padre jesuíta! ¡Deliciosas impresiones de viaje! Las refiere el padre Cuevas en un lenguaje relamido y ditirámbico, especial para jóvenes luises o primeros comulgantes de casa rica. Da gusto leer la prosa del erudito padre, que parece obra de arte cosmética y peluqueril. Cuando se refiere al franquismo y a sus hombres, el padre Cuevas no parece escribir con tinta, sino con colcrem; no habla, enjabona; no juzga: acicala, peina, adereza, lengüetea y embellece. Así, llama al señor Martín Artajo "joven de esbelta y elegante figura"; al señor Ibáñez Martín, que no tiene nada de esbelto, y de quien ha de reconocer que es "más bien bajo que alto" —chaparro, quoi!—, le atribuye a falta de otros atractivos, una "voz bien timbrada"; y así sucesivamente, cuando llega al poeta Pemán, el buen padre se derrite de gusto y exclama; "¡Qué ademanes, timbre de voz, donaire y buena gracia!"

No extrañará, pues, que para citar a Colón, el padre Cuevas se refiera al "inmenso nauta genovés". A Franco lo retrata describiendo, amén de sus glorias militares, sus "talentos administrativos, diplomáticos, legislativos, su intuición y el saber distinguir persona de persona, dotes inesperadas que esplendorosamente se han manifestado para consolidar la inmensa epopeya de la liberación y restauración de la España eterna". El padre Cuevas ha ido en España, como se ve, de sorpresa en maravilla, de asombro en deleite, saltando de Alcalá a Toledo, con la creencia tal vez de que todo aquello —universidad, iglesias, sinagogas, etc.—, era obra de Falange. Especial admiración ha sentido el padre Cuevas por el Museo del Prado y por los cuadros del Escorial. "El mérito del régimen actual —dice el S. J.—, respecto a este Museo es que esos cuadros, muy bien empacados, estaban saliendo para Rusia, como precio de balas fratricidas. Pues todos, sin una sola excepción, han vuelto a sus puestos primitivos". Aceptemos, pues, que el mérito del Escorial, como el del Museo del Prado, corresponde por completo al régimen de Franco. Recordemos, sin embargo, que el Museo del Prado fué bombardeado por los aviones de Franco. Si los rojos procuraron librar los Velázquez y los Grecos de las bombas de Franco, eso no demuestra sino la barbarie de los rojos, que estaban deseando convertir los cuadros famosos en balas fratricidas; mientras que si Franco bombardeaba los Zurbaranes y los Goyas era para demostrar su amor a las bellas artes y su aversión a las balas fratricidas. Franco tenía una extraña forma de salvar los museos, bombrdeándolos; y los rojos tenían una extraña forma de destruirlos, salvándolos. Franco resulta, pues, el verdadero salvador de los museos, por haber bombardeado el Museo del Prado, y, en definitiva, de todo tienen la culpa los rojos, que estuvieron a punto de trocar los Murillos y los Riberas por balas fratricidas y bolcheviques, y que no bombardearon nunca el Museo del Prado.

El padre Cuevas lo mismo admira esa ilustre pinacoteca, como obra del régimen actual, que el Museo Militar de Madrid, en el que figuran "desde las armas de don Pelayo"— que empezó a expulsar de España a los moros, llevados de nuevo a España por Franco doce siglos después— hasta "los trofeos que se trajo de Rusia la Legión Azul", y en el que no figuran, por cierto, los trofeos que la Legión Azul se dejó en Rusia.

Reconoce el Padre Cuevas que en España "el pan es poco y malo", pero en otro lugar afirma, con referencia a Franco, que "su persona y su gobierno son una verdadera bendición para España". El lema de los españoles debe ser ahora, por lo visto; "más Franco y menos pan blanco". El español, ya se sabe, es sobrio.

El jesuíta viajero encuentra a los vascos "tan sanos y prósperos" como los conoció en su juventud. Apréciese el matiz; Martín Artajo es "esbelto y elegante"; los vascos, "sanos y prósperos". Enhorabuena. A los navarros los halla resentidos con el generalísimo porque no va a visitarlos. ¡Hombre, que vaya! ¿Y a los catalanes? ¿Cómo encuentra el padre Cuevas a los catalanes? Se lo pregunta al padre Cuevas un periodista, y el padre Cuevas contesta con la mayor tranquilidad; "Hablé largamente con el general Chinchilla..." Es decir, cuando el periodista pregunta al padre Cuevas por los catalanes, el padre Cuevas dice que él sabe cómo están los catalanes porque habló con el general Chinchilla, que no es catalán. (Por el apellido, ese general parece de la provincia de Albacete). Y para juzgar el grado de adhesión de los catalanes al régimen de Franco, baste saber —explica el padre Cuevas— que el general Chinchilla, que no es catalán, "sale a la calle en Barcelona sin armas". El hecho de que el general Chinchilla, que no es catalán, no necesite pasearse por las Ramblas metido en un tanque, ni haya tenido que bombardear durante estos últimos días los Jusepets ni la Travesera de Gracia, demuestra lo contentos que están los catalanes con Franco, cuando quien quiere saber lo que piensan de Franco los catalanes, no se lo pregunta a los catalanes, sino el general Chinchilla, que no es catalán y que es el jefe de policía de Franco en Barcelona.

Otras muchas cosas cuenta de su viaje a España, con su estilo melifluo y elogiástico, el maravillado viajero. Pero de ello hablaremos otra semana. Hablaremos, por ejemplo de cómo ese jota del padre Cuevas, S. J., oyó —signo de los tiempos— una sola blasfemia en toda España. Acaso Falange haya establecido allí la blasfemia única. Hablaremos de esta blasfemia. La boca se nos hace agua.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2.G/1289